

El envejecimiento demográfico en México. Principales tendencias y características*

Elena Zúñiga Herrera
Juan Enrique García

El reto demográfico del siglo XXI lo constituye el envejecimiento de la población. La transición de perfiles demográficos predominantemente jóvenes a otros caracterizados por el predominio de la población adulta y de edades avanzadas es un fenómeno que comenzó a ocurrir, en la mayoría de los países en desarrollo, con el descenso de la fecundidad, en la segunda mitad del siglo XX, y que adquirirá su mayor intensidad en la primera mitad del siglo XXI.

Los países desarrollados comenzaron este proceso antes, pero lo hicieron muy gradualmente, encontrándose en la actualidad en etapas muy avanzadas, con grandes proporciones de su población en edades de jubilación o retiro de la actividad económica. El envejecimiento poblacional está trastocando la organización social y económica de esos países, situación que comienza a sentirse progresivamente en los países en desarrollo, lo que se traducirá en una serie de desafíos de distinta índole.

México, como muchos otros países en desarrollo, está inmerso en un proceso de envejecimiento demográfico, cuya intensidad va a acelerarse en las próximas décadas. Este proceso adquiere relieve sobresaliente en nuestro país por la escala que alcanzará, por los plazos en extremo breves en que tendrá lugar, y porque se inicia en condiciones en las que el desarrollo presenta enormes rezagos y profundas disparidades sociales.

En este artículo se examinan algunas de las principales características y tendencias del envejecimiento poblacional

en México que habrá que tomar en cuenta para encarar los retos e implicaciones que este proceso genera a los sistemas de salud, seguridad social, el mercado de trabajo y la familia, entre muchas otras estructuras sociales que deberán adaptarse a este profundo cambio demográfico. La información demográfica proviene de las proyecciones de población elaboradas por el Consejo Nacional de Población, publicadas en 2006.

Principales características del envejecimiento demográfico en México

Uno de los fenómenos asociados al avance de la transición demográfica es el rápido incremento de la población de adultos mayores. Por un lado, el declive de la mortalidad da origen a un progresivo aumento de la esperanza de vida y, en consecuencia, un número cada vez mayor de personas llega con vida a edades avanzadas. Por el otro, la caída de la fecundidad se refleja a la larga tanto en una cantidad menor de nacimientos, como en una reducción sistemática de la proporción de niños y jóvenes en la población total. De esta manera, la combinación de una esperanza de vida cada vez mayor y de una fecundidad en continuo descenso provoca un aumento significativo de la edad media de la población y una proporción ascendente de adultos mayores.

Para comprender cabalmente el fenómeno del envejecimiento demográfico en México, es pertinente voltear al pasado y revisar su proceso de transición demográfica.

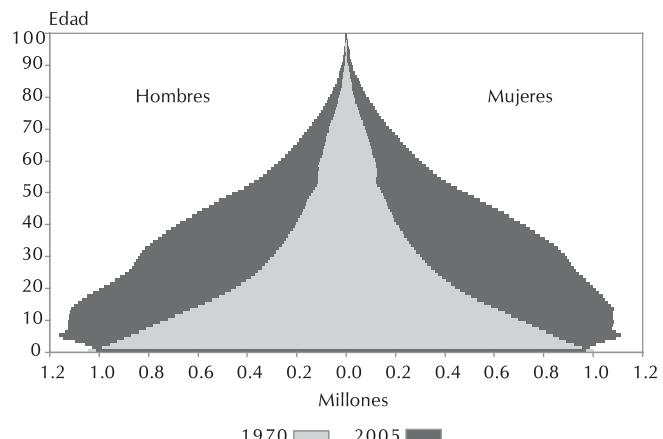
* Este artículo se publicó en la revista *Horizontes* núm. 13, julio de 2008, Consejo de Población del Estado de México.

La primera fase de este proceso se ubica a partir de los años treinta, pero sobre todo en los años cuarenta, con el inicio del descenso de la mortalidad. Este descenso, junto con la persistencia de altos niveles de fecundidad, produjo un elevado crecimiento demográfico entre 1950 y 1970. A partir de mediados de los años sesenta y sobre todo en la década de 1970, la tasa de crecimiento natural comenzó a descender, lo que coincidió con el inicio de la actual política de población, la cual busca incidir en esa dinámica demográfica explosiva, y reducir las presiones que el rápido crecimiento de la población ejercía sobre el desarrollo económico y social. Este periodo corresponde a la segunda etapa de la transición demográfica, que se caracteriza por la reducción de la fecundidad y el descenso paulatino de la tasa de crecimiento demográfico.

Este conjunto de transformaciones en la fecundidad y en la mortalidad, al cual se añade la migración internacional, se reflejó en cambios sustanciales en la estructura por edades de la población, como se aprecia en la gráfica 1. En el año 1970 la pirámide de población de México tenía la forma de un triángulo con una base muy amplia y una cúspide muy estrecha, de acuerdo con las altas proporciones de población infantil y juvenil que caracterizaban a la población mexicana como una población muy joven. En el año 2005 se presentó una pirámide más abultada en el centro, y se puede observar un estrechamiento de la base, que corresponde a una disminución en la proporción de niños y un incremento relativo en la población joven y en edad laboral.

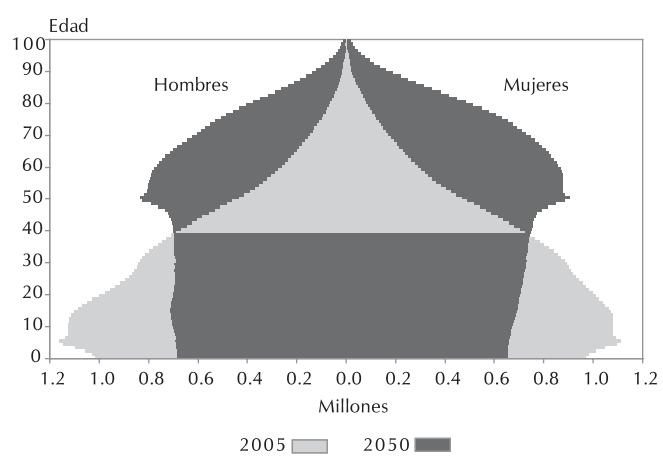
Actualmente, México se sitúa en los márgenes de una fase posterior del proceso de transición demográfica, que se caracteriza por una fecundidad cercana o por debajo de los niveles de reemplazo y una esperanza de vida que continúa su ascenso, pero esta vez con mayores ganancias en las edades intermedias y avanzadas. En el transcurso de la primera mitad de este siglo, estas tendencias seguirán teniendo profundas repercusiones en la estructura por edad de la población y se manifestarán en un acelerado proceso de envejecimiento demográfico, tal como ilustra la gráfica 2. En la medida que se reduzca la fecundidad, la base de la pirámide se angostará cada vez más, por lo que la población infantil y juvenil tendrá menos peso relativo y será menos numerosa. A su vez, un creciente número de individuos alcanzará los 60 años de edad, lo que engrosará gradualmente la cúspide de la pirámide.

Gráfica 1. República Mexicana: pirámides de población, 1970 y 2005



Fuente: Estimaciones del Consejo Nacional de Población.

Gráfica 2. República Mexicana: pirámides de población, 2005 y 2050

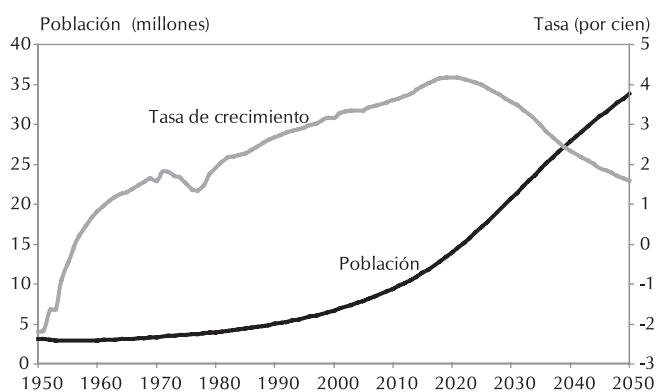


Fuente: Estimaciones del Consejo Nacional de Población.

El crecimiento futuro de la población de 60 años o más se aprecia con mayor claridad en la gráfica 3, que presentan la evolución de las tasas de crecimiento anual y el monto

de este grupo poblacional durante la primera mitad de este siglo. La tasa de crecimiento de la población de adultos mayores registrada en los últimos años es de 3.5 por ciento anual, lo que implica que este grupo tiene el potencial para duplicar su tamaño cada 20 años. Se prevé que esta dinámica continuará acelerándose hasta alcanzar un ritmo promedio anual de 4.2 por ciento durante la tercera década del presente siglo. Entre 2005 y 2050 la población de adultos mayores se incrementará en alrededor de 26 millones de personas, pero más de 75 por ciento de este incremento ocurrirá a partir del año 2020. Debido a esta acelerada dinámica de crecimiento, se estima que la población de 60 años o más, que en la actualidad representa casi uno de cada 13 mexicanos (7.6%), en 2030 representará uno de cada seis (17.1%) y en 2050 más de uno de cada cuatro (27.7%). La edad media de la población aumentará de 28 años en la actualidad, a 37 y 43 años en 2030 y 2050, respectivamente.

Gráfica 3. Población y tasas de crecimiento de la población de 60 años o más, 1950-2050



Fuente: Estimaciones del Consejo Nacional de Población.

Este proceso de envejecimiento demográfico no es exclusivo de México, sino que se extiende a todas aquellas sociedades que se encuentran en fases avanzadas del proceso de transición demográfica, incluyendo a todos los países desarrollados y a la mayoría de las naciones de América Latina y el Caribe. De acuerdo con proyecciones elaboradas por la ONU (Population Division, 2006), la proporción de población con 60 años o más en Amé-

rica Latina y el Caribe pasará de nueve por ciento en el año 2005 a 14.8 por ciento en 2025 y a 24.3 en 2050. En números absolutos, se proyecta que el monto de la población de adultos mayores también se incrementará en forma sustancial, particularmente a partir del segundo cuarto de siglo: actualmente se estima que existen 50.2 millones de personas con 60 años o más; a éstas se sumarán 51.4 millones entre los años 2005 y 2025, y 85 millones entre 2025 y 2050, para llegar a un total de 186.7 millones hacia mediados de siglo. Esta cifra es 3.7 veces mayor a la actual.

Por sus consecuencias en la estructura por edades de la población, el proceso de envejecimiento que tendrá lugar en las sociedades latinoamericanas durante las próximas décadas es muy similar al que experimentaron los países desarrollados durante el transcurso del siglo pasado. Sin embargo, también presenta diferencias sustanciales en su velocidad, pues ocurrirá en un periodo de tiempo mucho menor. Si se considera como indicador el número de años que transcurre para que el porcentaje de la población de 65 años o más aumente de siete a catorce por ciento, en los países desarrollados este incremento llevó entre 45 y más de 100 años, mientras que en el caso de la mayoría de los países latinoamericanos se estima que llevará entre 20 y 30 años.

De hecho, en el caso de México la velocidad del proceso de envejecimiento será aún mayor a la de otros países latinoamericanos. En el año 2005 no existían grandes diferencias en la proporción de adultos mayores entre México (7.6%) y otras naciones ubicadas en fases previas de la transición demográfica, como Bolivia (6.7%) y El Salvador (7.8%). En cambio, países como Chile, que se encuentran en una fase más avanzada de este proceso, tenían un mayor porcentaje de población con 60 años o más (11.6%). No obstante, se espera que esta situación cambie significativamente en las próximas décadas, de tal manera que hacia 2050 el porcentaje de adultos mayores en México (27.7%) sea mayor al de países como Bolivia y El Salvador (17.5% y 21.2%, respectivamente).

En síntesis, durante las próximas décadas México experimentará un acelerado proceso de envejecimiento demográfico, el cual ocurrirá en un lapso bastante menor al observado en países desarrollados y en un contexto socioeconómico menos favorable. Esto significa que se tendrá menos tiempo y se dispondrá de menores recursos

para adaptarse a las consecuencias sociales del envejecimiento de la población, por lo que debemos anticiparnos a ellas e instrumentar desde hoy estrategias y programas que nos permitan afrontar con éxito los desafíos por venir.

Los retos del envejecimiento poblacional

Como se señaló al inicio de este trabajo, el envejecimiento de la población mexicana traerá consigo desafíos de muy distinta índole. En esta sección se destacan, a partir de un análisis de la situación actual y su posible evolución en el corto y mediano plazos, los retos en los ámbitos donde se esperan las mayores presiones (Tuirán, 1999): la salud, el trabajo, el sistema de pensiones y el entorno familiar.

La atención a la salud

El envejecimiento de la población implicará una mayor demanda de servicios de salud, ya que en este grupo de edad se presentan mayores tasas de morbilidad y necesidades de atención médica que el resto de la población. Esto implicará una mayor inversión en infraestructura y personal para brindar una mejor atención a los adultos mayores, así como la instrumentación de mecanismos institucionales que amplíen el acceso a servicios de salud de calidad a los segmentos de la sociedad que hoy no cuentan con ellos.

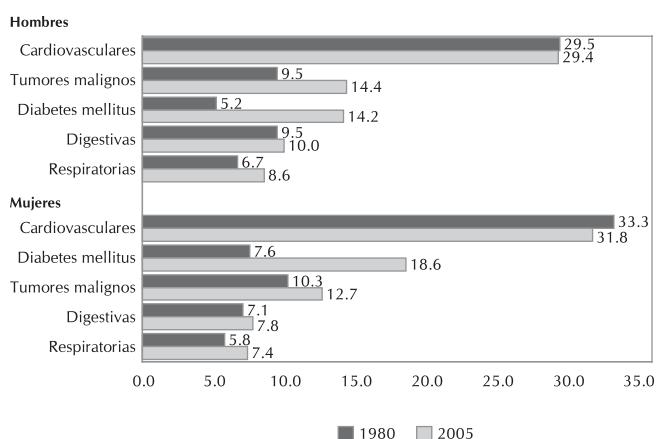
Las tendencias en el perfil epidemiológico de la población de adultos mayores sugieren que la demanda de servicios de salud no sólo se incrementará en su volumen, sino que también se presentarán cambios cualitativos en el tipo de padecimientos predominantes, los cuales implicarán mayores costos en la atención a la salud. Asimismo, las enfermedades degenerativas, las cuales son de más larga duración, implican el uso de terapias basadas en tecnologías y medicamentos más costosos, y se asocian a períodos de hospitalización más prolongados.

Entre las principales causas de muerte de la población masculina se encuentran las enfermedades cardiovasculares que ocuparon el primer lugar en 2005, con porcen-

tajes que no han variado significativamente en tiempos recientes (alrededor de 30% de las defunciones). En segundo lugar se encuentran las defunciones asociadas a neoplasias, que aumentaron su proporción de 1980 a 2005, en poco menos de cinco puntos porcentuales, para ubicarse en 14.4 por ciento de las defunciones de mexicanos de 60 años o más. La diabetes casi triplicó su peso relativo de un poco más de cinco por ciento a cerca de 14.2 por ciento, en el mismo periodo, por lo que pasó del séptimo al tercer lugar como causa de muerte. En contraste, las defunciones asociadas a infecciones respiratorias, así como intestinales y parasitarias, disminuyeron gradualmente su importancia hasta ubicarse como las causas novena y décima de muerte entre los adultos mayores, respectivamente.

Las mexicanas de 60 años o más tienen como principal causa de muerte las enfermedades cardiovasculares, una de cada tres defunciones se debe a este padecimiento. A diferencia de los hombres, la *diabetes mellitus* se ubica como la segunda causa de muerte, duplicando su presencia al pasar de 7.6 a 18.6 por ciento entre 1980 y 2005. La tercera causa de muerte son los tumores malignos, que también incrementaron su proporción en poco menos de tres puntos porcentuales, ocasionando 12.7 por ciento de las muertes de mujeres mayores en 2005 (véase gráfica 4).

Gráfica 4. Distribución de las principales causas de muerte entre los adultos mayores (60 años o más), 1980-2005



Fuente: Estimaciones del CONAPO con base en las defunciones de INEGI/SSA, 1979-2005.

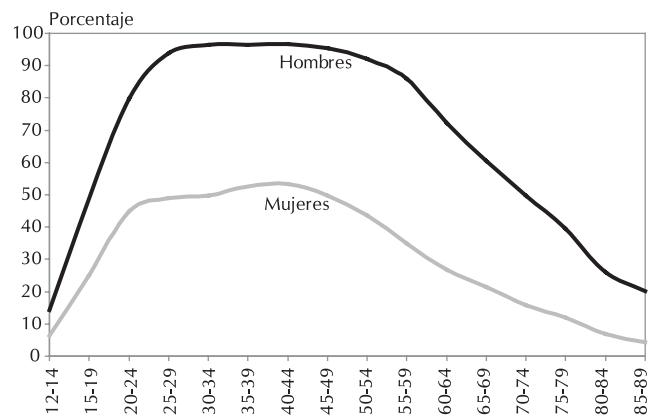
El trabajo, las pensiones, y los ingresos en la vejez

Otro de los retos a los que habrá de enfrentarse la sociedad mexicana ante el proceso de envejecimiento demográfico es el de proveer los recursos económicos para que el creciente contingente de adultos mayores pueda gozar de una vida digna. Este problema tiene varias aristas. En primer lugar, el envejecimiento de la población generará importantes presiones sobre algunos de los esquemas de pensiones ya existentes, por lo que será necesario impulsar reformas que permitan recobrar la viabilidad actuarial de estos sistemas. Segundo, una importante proporción de trabajadores llegarán a las edades de retiro sin un ingreso asegurado, pues no tendrán derecho a una pensión debido a que pasaron la mayor parte de su vida en el sector informal. Por último, si prevalecen las condiciones actuales, una fracción considerable de la población de adultos mayores permanecerá en el mercado de trabajo, lo cual puede incidir negativamente sobre la oferta de empleo y representa un problema en sí mismo, debido a que las personas en edades avanzadas que trabajan se encuentran por lo general en ocupaciones de baja calidad.

Una mirada a la situación actual puede ilustrar algunos de estos desafíos. Con referencia a las pensiones, el primer elemento que debe destacarse es que en la actualidad sólo un grupo selecto de adultos mayores tiene acceso a una pensión. La proporción de personas de 60 años o más que recibieron una pensión se sitúa en 21.6 por ciento y parece presentar un leve incremento en el periodo que transcurrió entre 2000 y 2007. Este grupo está compuesto por quienes laboraron durante la mayor parte de su vida activa en empleos formales, ya sea del sector público o privado. Pueden considerarse como un grupo privilegiado, pues disponen de una fuente de ingresos permanente y no dependen completamente de una ocupación o de su familia para satisfacer sus necesidades. En la actualidad, se estima que alrededor de un tercio de la Población Económicamente Activa ocupada cuenta con seguridad social, por lo que puede esperarse que en el futuro se incremente moderadamente la proporción de adultos mayores que cuenta con acceso a pensiones. No obstante, se requerirá de un esfuerzo mucho mayor en la creación de empleos formales para lograr que la mayoría de los mexicanos lleguen a las edades avanzadas con una pensión por trabajo garantizada.

Ante la insuficiente cobertura de las pensiones, los adultos mayores recurren a una serie de estrategias que les permiten mantener una fuente de ingresos y así contar con recursos para satisfacer sus necesidades personales. Una de ellas es mantenerse económicamente activos, lo cual contribuye a explicar las altas tasas de participación económica que se presentan en las edades avanzadas, particularmente entre los hombres. En la gráfica 5 se presentan las tasas de participación de la PEA por edad y sexo en 2005. Puede apreciarse que un poco antes de los sesenta años de edad comienzan a reducirse las tasas de participación masculinas. No obstante, el porcentaje de hombres que aún se encuentran activos es mayor a 40 por ciento incluso hasta después de los 70 años de edad, y supera el 25 por ciento entre los 75 y 85 años. Estas tasas de participación son considerablemente mayores a las que se observan en países desarrollados, donde la cobertura de los programas de pensiones abarca a la mayoría de la población en edades de retiro.

Gráfica 5. Tasas de participación económica por sexo, 2005



Fuente: CONAPO con base en las Proyecciones de la Población Económicamente Activa 205-2050.

La mayoría de los adultos mayores que trabajan realizan empleos de baja productividad y no tienen acceso a prestaciones laborales. En el conjunto de la población de 60 años y más, 29.1 por ciento tienen alguna actividad laboral, de los cuales 80.5 por ciento se encuentran en el sector informal. La participación laboral alcanza 48.8 por ciento en los hombres, con 79.2 por ciento de ellos

en ocupaciones informales. En cambio, entre las mujeres la tasa de participación apenas alcanza 11.8 por ciento, pero el componente de ocupaciones informales es mayor, pues alcanza 85.0 por ciento. La alta proporción de ocupaciones informales entre los adultos mayores indica que su incorporación al trabajo se presenta en condiciones de alta precariedad, donde predominan los bajos ingresos, la falta de prestaciones laborales, y la inestabilidad laboral. En este sentido, la participación en el trabajo de los adultos mayores en México no debe interpretarse como un rasgo positivo asociado a una vejez productiva, sino como un resultado de la insuficiencia de los programas de pensiones, que obstaculiza la institucionalización del retiro y obliga a muchos a permanecer trabajando en actividades precarias y de baja productividad.

Además de los ingresos por trabajo y las pensiones, muchos adultos mayores en México reciben apoyos económicos de familiares. Si bien es difícil detectar a partir de las Encuestas de Ingreso-Gasto de los Hogares las transferencias que ocurren entre generaciones al interior de la unidad doméstica, sí es posible estimar la frecuencia y monto de las transferencias que provienen del exterior del hogar y son dirigidas a los adultos mayores. Así, de acuerdo con la *Encuesta Nacional de Ingreso y Gasto de los Hogares 2005*, cerca de 16 por ciento de las personas de 60 años y más reciben remesas con orígenes nacionales, mientras que un poco más de seis por ciento recibe ingresos provenientes de amigos o familiares residentes en otro país (remesas internacionales). Es muy probable que el porcentaje de adultos mayores que recibe apoyos financieros de sus parientes sea mucho mayor si se consideran las transferencias provenientes de otra persona (hijo o pariente) con el que comparte el hogar. En todo caso, estas cifras revelan que las transferencias familiares juegan un papel muy importante como fuente de apoyo financiero a los adultos mayores.

En síntesis, existe un conjunto de fenómenos que incrementan la vulnerabilidad económica de la población de adultos mayores en México, entre los que destacan la insuficiencia en la cobertura de los sistemas de pensiones; las elevadas tasas de inserción laboral en condiciones de trabajo precarias; y la alta dependencia en el apoyo financiero otorgado por familiares. Si bien puede esperarse un incremento futuro en la cobertura de las pensiones, de prevalecer las tasas actuales de creación de empleos formales éste no será suficiente para abarcar a la mayoría

de la población de adultos mayores. Por otro lado, el incremento absoluto y relativo de la población de adultos mayores, aunado a la reducción en el tamaño de la descendencia originado por la caída de la fecundidad, incrementarán las presiones sobre el mercado de trabajo y los sistemas de apoyo familiar como fuentes alternativas de recursos financieros. Esto sugiere que la atención de las necesidades económicas de los adultos mayores es uno de los mayores desafíos del proceso de envejecimiento demográfico al que se enfrentará México en los próximos 50 años.

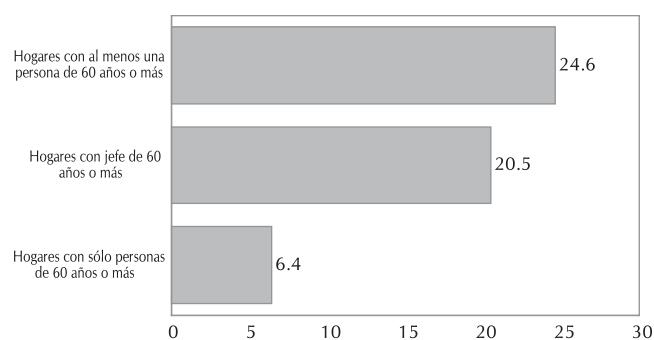
Los entornos residenciales y el apoyo familiar

En México, el cuidado familiar a los adultos mayores se vincula estrechamente a la dinámica de los hogares. A diferencia de lo que ocurre en muchos países desarrollados, en México la proporción de adultos mayores que viven solos es relativamente baja, y el entorno residencial más frecuente es la corresidencia con los hijos. Esto se debe tanto a una acentuada tradición de apoyo intergeneracional como a la necesidad de optimizar los recursos a partir de la integración de individuos de varias generaciones bajo un mismo techo (Ruvalcaba 1999). En la gráfica 6 se presenta la proporción de hogares del país que tienen ciertas características relacionadas con la población en edades avanzadas. En 24.6 por ciento de los hogares vive alguna persona con 60 años o más, y en 20.5 por ciento el jefe es una persona con 60 años o más. No obstante, sólo 6.4 por ciento de los hogares están integrados exclusivamente por adultos mayores. Esto sugiere que la mayoría de las personas de 60 años o más vive en compañía de otras personas con menor edad, que suelen ser en la mayor parte de los casos los propios hijos.

Los entornos residenciales de los adultos mayores varían considerablemente entre hombres y mujeres. Esto se debe principalmente a las diferencias por estado conyugal. La proporción de hombres unidos supera el 77 por ciento, mientras que la de mujeres apenas rebasa el 46 por ciento. En cambio, menos de 15 por ciento de los hombres permanecen viudos, frente a más de 40 por ciento de las mujeres. Estas diferencias se asocian tanto a la mayor sobrevivencia de las mujeres como a que los hombres que enviudan

tienen mayor propensión a contraer segundas nupcias. La mayor proporción de hombres unidos se traduce en diferencias en los entornos residenciales que presenta la estructura de los hogares de los adultos mayores que son jefes del hogar. Puede apreciarse que entre los hombres predominan tres tipos de entornos: la pareja sin hijos, la corresidencia sólo con el cónyuge, y la corresidencia con hijos y otro familiar. En cambio, las mujeres que son jefes de hogar suelen vivir solas con mucha más frecuencia, aunque la mayoría de ellas también correside con sus hijos, ya sea sin otros parientes o con ellos.

Gráfica 6. Proporción de los hogares por características seleccionadas, 2005



Fuente: Estimaciones del CONAPO con base en INEGI, II Conteo de Población y Vivienda 2005.

La alta frecuencia de la corresidencia ha facilitado la provisión de ayuda familiar a los adultos mayores en un contexto de insuficientes apoyos institucionales, pero también presenta características indeseables. Entre ellas, destaca el hecho de que la mayor parte de la carga de apoyo físico y doméstico que reciben los adultos mayores recae sobre las hijas, lo que reproduce la desigualdad de género al interior de la unidad doméstica. Por otro lado, la viabilidad futura de la corresidencia —así como la del apoyo familiar en general— está en duda debido a dos factores que introducen presiones sobre los sistemas de apoyo familiar: el primero es el deterioro de las bases sobre las cuales se desarrollaron los valores culturales que han sustentado hasta hoy la solidaridad intergeneracional

y el apoyo familiar en la vejez. El segundo es la reducción de la fecundidad, que se traduce en un menor número de hijos disponibles para brindar apoyo a sus padres.

Esta situación indica que ante el proceso de envejecimiento demográfico no se puede delegar en la familia la responsabilidad de ser la única proveedora de techo y otros apoyos para los adultos mayores. Es necesario, por tanto, diseñar mecanismos y estrategias que permitan aligerar la carga del cuidado familiar a las personas en edades avanzadas, particularmente en los hogares pobres, donde los recursos destinados a la atención de los adultos mayores pueden representar un obstáculo adicional para salir de la pobreza.

Reflexiones finales

Los problemas apuntados en la sección anterior son algunos de los desafíos más importantes a los que se enfrentará México ante el proceso de envejecimiento de la población. No es un problema eludible, pues la inercia de los procesos demográficos hace inevitable el incremento en términos absolutos y relativos de la población en edades avanzadas. Por ello, es imprescindible comenzar desde ahora a generar las condiciones que permitan afrontar el proceso de envejecimiento sin que éste se traduzca en un obstáculo para el desarrollo y el bienestar social.

En términos generales, estas condiciones pueden agruparse en tres ámbitos: el económico, el institucional, y el cultural. En la esfera de lo económico es imprescindible lograr tasas de crecimiento e instrumentar estrategias redistributivas que permitan abatir los rezagos acumulados, reducir las desigualdades y la pobreza, y acumular la riqueza necesaria para hacer frente a los pasivos asociados al envejecimiento poblacional. En el ámbito institucional, deberán instrumentarse reformas que permitan transformar un entramado institucional diseñado para una población joven en otro orientado a la atención de una población envejecida, lo cual incluye, entre otros aspectos, profundos cambios en las instituciones que brindan servicios sociales, como las educativas, de salud, y de seguridad social. Por último, también se requieren cambios culturales que posibiliten la integración social plena de los adultos mayores y prevengan contra su discriminación.

Como se vio en la primera sección de este trabajo, el envejecimiento poblacional en México se presentará en forma más rápida de lo que lo hizo en países desarrollados, e incluso de lo que lo hará en otros países de América Latina y el Caribe. No obstante, antes de que se intensifique el proceso de envejecimiento poblacional se presentará un periodo de alrededor de dos décadas en el que la proporción de niños y jóvenes se reducirá notablemente y la de personas en edades mayores sólo se incrementará en forma moderada, por lo que los índices de dependencia totales alcanzarán mínimos históricos. Estas condiciones demográficas son las más favorables para el desarrollo, pues la mayor parte de la población se encuentra en edades productivas y se dedican pocos recursos para la crianza y el cuidado de niños y adultos mayores.

Es imprescindible aprovechar esta ventana de oportunidad para generar una dinámica de crecimiento económico que permita encarar los rezagos acumulados y enfrentar los costos del envejecimiento. Para materializar esta ventana de oportunidad, quizás el mayor desafío será crear empleos de calidad en un número suficiente para atender no sólo el rezago acumulado, sino también la demanda de las cuantiosas cohortes de jóvenes que se incorporarán al mercado de trabajo en los próximos años. Si no se aseguran estas condiciones económicas y laborales, la ventana de oportunidad terminará por desperdiciarse, y podría terminar por convertirse en un pasivo para el desarrollo, pues el subempleo y el desempleo podrían alcanzar niveles mucho mayores a los actuales y las carencias y desigualdades incrementarse.

Bibliografía

De Vos, Susan, Patricio Solís y Verónica Montes de Oca (2004). "Receipt of assistance and extended family residence among elderly men in Mexico". *International Journal of Aging and Human Development* 58(1), p. p. 1-27.

Gutiérrez, Luis Miguel (1993). "Aspectos preventivos del adulto mayor". Ponencia presentada en el Seminario sobre Envejecimiento Sociodemográfico en México. Sociedad Mexicana de Demografía; 1993.

Ham-Chande, Roberto (1996). *El envejecimiento: una nueva dimensión de la salud en México*. Salud Pública de México 38:409-418.

Population Division of the Department of Economic and Social Affairs of the United Nations Secretariat, *World Population Prospect: The 2006 Revision*.

Ruvalcaba, Rosa María (1999). Ingresos de las personas de edad y características de sus hogares. En CONAPO: *El envejecimiento demográfico en México: retos y perspectivas*. México, D.F. Consejo Nacional de Población.

Solís, Patricio (1998). "El ingreso a la cuarta edad en México. Una aproximación a su intensidad, calendario y consecuencias en el apoyo familiar y social a los mayores de 60 años." *Papeles de población* 5-19, enero-marzo.

Tuirán, Rodolfo (1999) "Desafíos del envejecimiento demográfico en México en CONAPO: *El envejecimiento demográfico de México: retos y perspectivas*, Consejo Nacional de Población 1999.